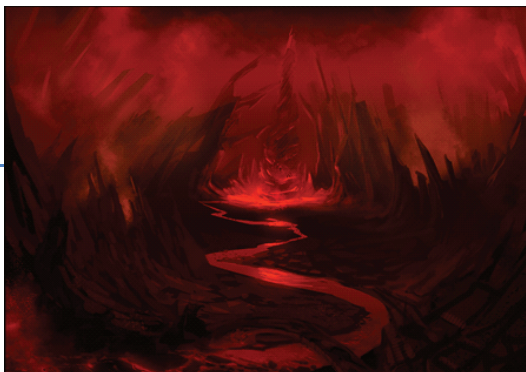


# Ruta infernal

Por el Gaseoducto

---

Por Juan José Gañán  
(Domingo 26 de julio de 2020)



Ayer, último domingo de julio, no era el mejor día para hacer senderismo por la sierra cordobesa, ni para practicar ningún deporte que no fuera el submarinismo o el esquí, pero ya saben que por aquí no contamos con una gran oferta de esas frescas actividades, que tienen también cierto riesgo. Recuerdo de hecho que un amigo de la adolescencia se ahogó delante de todos, agarrado al fondo de la escalerilla de nuestra piscina, por tratar de aguantar demasiado la respiración, después de haberle avisado repetidamente de lo peligroso que resultaría batir su record varias veces seguidas. ¡Qué absurdo! La muerte tiene tantas caras.

Yo planeé la ruta sin ninguna intención suicida, créanme. La previsión no era tan extrema para Córdoba. Quiero decir que no era ninguna marca histórica; solo la más elevada de este verano. El pronóstico era de 43 grados a la sombra, —ya saben, en el fresco centro meteorológico del Aeropuerto—, lo que equivalía a unos cincuenta y tantos al sol del mediodía. Pero eso no es demasiado, los de aquí abajo estamos curtidos en estas lides. No hay mes de julio o de agosto que no me tropiece con algún termómetro por encima de los cincuenta grados; y aún sigo aquí para contarlos. Así que por qué no iba yo a salir a hacer ejercicio este fin de semana, como todo el año. Ya se habían encargado las autoridades de dejarnos encerrados bastante tiempo. Quería disfrutar mi ración semanal de libertad en plena naturaleza, de soledad y de reflexión por el campo. Y, por supuesto, todo sin la mascarilla puesta.

Decidí madrugar para acabar también cuanto antes, y seleccioné un recorrido exigente pero no muy largo, una jornada de poco más de 20 Km que no hacía desde meses antes de la Pandemia. (Es curioso que ahora se tome siempre de referencia al maldito bicho ese. Habrá que escribir «A. P.» o «D. P.», como en los libros de Historia). El plan era subir a Cerro Muriano por el Gaseoducto, que es un camino de lo más duro que hay, por los cortafuegos de la conducción del gas de nuestra provincia, siguiendo por Los Villares y acabando con el ascenso al pico de Torreárboles, el Everest de nuestras mágicas veredas cordobesas; para llegar al Muriano con hora de coger el autobús de las 12:45 hacia Córdoba, que nos deja en la misma estación de Aucorsa, donde estará el coche aparcado esperando, loco porque encienda el motor, le ponga el aire acondicionado un ratito y lo meta de nuevo en su fresca cochera hasta el próximo fin de semana.

No dormí apenas esa noche. El día anterior —el sábado— en la peluquería recibí una mala noticia: «el Chorlo había muerto». El último ciclista accidentado del que hablaron los informativos el mes anterior, que se estrelló bajando por la carretera de Trassierra, era él. El Chorlo era amigo de algunos futbolistas con los que yo jugué años atrás. Era un buen aficionado que nos había seguido durante un tiempo, dentro y fuera de los terrenos de juego. Y mira por donde me lo fui a encontrar en la barbería de Felipe la última vez que estuve allí, que fue la primera D. P. —ustedes ya me entienden—, el día que se reabrieron los primeros comercios y llegábamos todos como neandertales a cortarnos el pelo. Ese día por casualidad también estaba allí esperando sentado para lo mismo, El Pisto, otro crack, el Cruz Carrascosa de los plateados años setenta del Córdoba C.F.; colega por tanto, buen cliente y amigo común. Fue curioso porque, camuflados como bandoleros con las mascarillas, más gordos que antaño y más viejos, yo a él enseguida lo reconocí, pero él a mí, no. Entraba presumiendo de que a su proveyta edad, ya con nietos y todo, se encontraba más en forma que nunca e incluso con mejor carácter; y hasta parecía haber pulido y renovado su repertorio de bromas y chascarrillos con el paso del tiempo —apostillaron su buen amigo el Pisto y su peluquero favorito—. Yo no sé si añadí además que hasta le encontraba más elegante, pues vestía ropa

muy juvenil, pero de marca, porque al Chorlo siempre le habían ido bien los negocios y solo se le podría reprochar, si acaso, el deterioro de su memoria, por lo demás, algo completamente justificado para su edad.

Las versiones de los periódicos digitales eran contradictorias. Indagando después en casa, uno de los titulares decía: «Muerte de un ciclista de 65 años». Luego leí que un particular había alertado al 112 tras ver a un hombre tendido en la carretera y que, al hacerse cargo la Guardia Civil de Tráfico se había informado de un choque contra el quitamiedos, siendo recogido por una ambulancia a eso de las siete y media de la mañana. Lamentablemente de camino al hospital sufrió una parada cardíaca e ingresó ya cadáver. Sin embargo otros periódicos hablaban de un ictus, posiblemente consecuencia de un golpe de calor. Pero ¿qué calor iba a hacer a esa hora de la madrugada?

Todo eso debía rondar por mi cabeza para hacer que me despertase súbitamente antes de las seis, que fue la hora fijada en la alarma de mi Smartphone. Me levanté aliviado de poner fin a la pesadilla que me torturaba, como si al levantarme hubiera corrido una cortina detrás de mí, y solo me quedasen restos de migraña, fácilmente subsanable con un rápido refrigerio complementado con paracetamol efervescente, centrándome pronto en coger las cosas y partir lo antes posible para evitar las horas centrales del caluroso día anunciado. Al cerrar la puerta caí en la cuenta de que olvidaba de nuevo la mascarilla como la semana anterior, y ese despiste hizo refrescar en mí la visión de mis sueños: la triste cabalgata de un puñado de zombis marchando lentamente con sus mascarillas azules y blancas; la imagen característica de *la nueva normalidad*. Debía ser así porque llevábamos toda la semana obsesionados con los rebrotes y no había otro tema de conversación. A los numerosos focos de infección catalanes, aragoneses, gallegos o murcianos, se sumaba ahora un brote terrible en una discoteca de la ciudad de la que habían salido más de cien positivos. Y para colmo de males el día anterior —el viernes— Inglaterra ponía en peligro la economía del país prohibiendo implícitamente el turismo con España, al dejar de confiar en la sanidad y la prudencia españolas, exigiendo poner en cuarentena durante dos semanas a todos los súbditos británicos que entrasen en la Península o a

cualquiera que llegase a sus dominios procedente de nuestro inmundo país. Por mi parte podían marchar todos a veranear a Corea del Norte, donde por fin acaban de informar del primer infectado, un desertor por lo visto procedente de sus vecinos del sur que se habría contagiado simultáneamente con las veleidades del Capitalismo, por lo que creo que están a punto de declarar la Alerta Máxima —no sé si será ya tarde para los hijos de la Gran Bretaña.

Con ese runrún interior salí a disfrutar del campo el domingo: advertencias desoídas, proyectos frustrados, avisos de clausura, geriátricos aislados, pánico en el personal sanitario ante un nuevo colapso, peligros inminentes de desempleo y de muerte por nuestro país y por todo el orbe terrestre.

A las siete, amaneciendo un nuevo e incierto día, aparqué en las inmediaciones de las cocheras de Aucorsa, punto neurálgico de las expediciones a nuestro particular Himalaya. Coloqué los parasoles inclinados con la sana intención de amortiguar los anunciados rigores de nuestro abrasador astro rey; me calcé la mochila y sonreí al comprobar que no me faltaba esta vez la mascarilla dichosa, alojándola en uno de sus compartimentos exteriores. Pero, cuando me dispuse a poner en marcha la aplicación de lectura del móvil por el segundo capítulo del Ulises —después de haberme escuchado tres veces o cuatro el primero hasta comprenderlo— me di cuenta de que no llevaba los auriculares. «¡Puf! ¡Qué fallo! ¡Y ahora qué hacía? No me iba a dar la vuelta a recogerlos a la otra punta de la ciudad».

Tendría que dejar correr libremente mis pensamientos mientras andaba, a lo que no estaba ya acostumbrado. En realidad no era mal plan, solo era un plan olvidado, un plan que había ido desechando con los años para mitigar la monotonía del sempiterno discurrir de casa al trabajo y del trabajo hasta casa, cuatro veces al día, cinco días a la semana. Pensé: «el fluir de la conciencia sin más trabas que el croar de las ranas o del frenético chillar de las chicharras.» Lo que equivalía poco más o menos a dejarse invadir por el enrevesado estilo de aquellas míticas obras de Faulkner, de Virginia Woolf o de mis recientes lecturas sonoras del celebrado James Joyce. Unos listos que se inventaron eso de escribir lo primero que les pasara por la mente, que es la forma más

rápida y segura —y la única, sin duda, para tantos— de escribir un libro de gran tamaño. Y así, con la posibilidad de seguir profundizando en esos vericuetos laberínticos del *diálogo interior*, me di por conforme, pensando que tal vez encontrase la manera de salvar el escollo con el que me había tropezado en mi última novela policiaca, con la esperanza de que una súbita inspiración me iluminase para seguir lo que había dejado aparcado hacía ya más de un mes.

Al cruzar la carretera sentí detrás algo así como el chirriar de unos goznes mal engrasados, pero solo vi siguiéndome de cerca a un hombre muy mayor, casi un anciano, con una aparatosa rodillera, en pantalón corto y camiseta blanca de tirantes, haciendo el gesto de correr, no sé si en realidad, corriendo, porque más que correr, cojeaba lamentablemente de forma ruidosa. Aquel viejo deportista me retrotrajo a la imagen del pocero cojo de esa misteriosa película que es *El Bosque Animado*, de José Luis Cuerda, basada en una novela de Wenceslao Fernández Flores. Me dieron ganas de decirle: «pero hombre, ¿dónde va usted así?!», aunque me contuve. Cruzamos a la vez la solitaria carretera y me adelantó, jadeante, deseándome buenos días al hacerlo —luego profeta no debía ser—, siguiendo al frente luego por encima del puente del arroyo Pedroches, como para la Carrera del Caballo, para La Colina o el Paraíso Arenal, que es la zona noble ahora de esa parte de las afueras, tal vez camino del santuario de Linares. Yo giré a la izquierda sin cruzar al otro lado, remontando el curso del arroyo hacia el Puente de Hierro —dos kilómetros más allá— en dirección al otro mítico santuario, el de Santo Domingo, que es el mejor nombre que se le pudo dar al más emblemático escenario del perol cordobés, la más típica manifestación costumbrista de nuestra comarca. Pero dejemos las cuestiones culinarias para la vuelta.

Acababa de amanecer. Yo lucía mis más modernos atavíos de senderista galáctico: camiseta fosforescente de color amarillo de manga corta; negras mallas largas para no arañarme las piernas, ceñidas hasta los tobillos con discretas florituras doradas; ligeras zapatillas deportivas de Goretex con ribetes negros y amarillentos a juego; y una mochila a la espalda de quince litros, roja y gualda, con un bidón de agua de dos litros dentro y el tubito colgando, que acababa de adquirir de Amazon

por el detalle de traer una funda externa para el iPhone, que era algo muy práctico si lo vas usando durante todo el camino. La única pega con ella había sido, además de cierta endeblez endémica consecuencia de su precio, ser demasiado llamativa, por otro lado, ideal para los despistes por el bosque y muy a la moda, tan opuesta a la de los discretos colores ocres y pardos que usábamos con un ecologista criterio en los austeros campamentos de mi juventud perdida. Y para rematar el atuendo —pues la gorrilla no la saqué hasta que el sol no estuvo en todo lo alto— una felpa negra en la frente y unos suaves guantes del mismo color, con las huellas del índice engomadas para la pantalla táctil del móvil, herencia irrenunciable del invierno, que me sirven para asir con mayor confianza un elegante bastón telescópico de grafito con los cierres cromados en rojo, como los bordes de la flamante mochila.

Crucé para acá y para allá varias veces por el curso seco del arroyuelo que había conocido tiempos mejores, y no me refiero a cuando yo pescaba ranas por allí en mi infancia más profunda, sino recientemente, sin ir más lejos, en aquellos escasos días de riadas unas semanas atrás A. P. Al llegar a las primeras aguas me tropecé con un apacible rebaño de polvorientas ovejas saciando su sed, acompañadas de su taciturno y zarrapastroso pastorcillo, que, sorprendidos por la irrupción en sus lares de semejante espantajo a reacción, se echaron discretamente a un lado para dejarme pasar a mi ritmo, saludándome con sonoros balidos y berridos (que mejor no conocer su traducción), con más educación y respeto aparente que la mayoría de esos acicalados *millennials* urbanos con los que difícilmente me cruzaría por allí.

A los dos kilómetros vadeo por penúltima vez el arroyo sin ninguna dificultad por debajo del monumental Puente de Hierro y decido tomar por el camino de la izquierda, el más lejano, pues recuerdo que el primero se encuentra interrumpido por un puentecito medio caído, lo que supondrá salir seguramente más allá de la desviación al Gaseoducto, es decir, evitar el sendero más duro pero a la vez el más interesante de nuestra jornada. Pero ese inconveniente consigo resolverlo al momento sin quererlo, pues de pronto, sorprendentemente, apareció por el desvencijado puente, después de

haber salido yo al mismo sitio por el otro lado, ¿saben quién? Sí, el viejo corredor cojitranco que, justo al verme, tuvo que dar un gran salto para evitar el agujero en mitad del mismo, mientras me decía:

—No sabía que por allí se llegaba también a este lado. ¡Hace ya tanto que no paso por esta vereda!

Y yo le contesté, por no quedar en ridículo dando a entender que yo también lo desconocía:

—¿Ya está usted aquí? Pues sí, jefe. Desde que se vino abajo ese puente no me gusta cruzarlo, vaya a ser que se caiga del todo. ¿Ha visto usted cómo se bambolea?

—Sí, sí. No me lo esperaba. Si lo llego a saber no me arriesgo a saltarlo, vamos. Paso por allí también. Por aquí quiero recordar que había un caminito estrecho al lado del arroyo...

—Pues vaya susto que me ha pegado usted, apareciendo por aquí de pronto como un fantasma con la mascarilla puesta.

—Perdone, pero no era mi intención, joven. Es por prudencia, ya sabe. Los tiempos que corren... —murmuró.

No se le entendía muy bien con la respiración entrecortada y con la boca cubierta. Por no ser incivil se me ocurrió llamar su atención sobre aquello haciéndole un breve comentario:

—Pero no es obligatoria para correr. ¡Se va a asfixiar usted! —le dije yo.

—No, no se preocupe, muchas gracias, hijo, que cuando me paro me la bajo un poquito, ¡je, je, je! .

Y terminé yo añadiendo, como solidarizándome con él:

—¡Que le den..., ya, a la mascarilla! Y del camino no se preocupe que el resto está como siempre, ya verá.

—Gracias, gracias. Recuerdo que había un bosquecillo...

—Exactamente. Un camino muy bonito sombreado bastante llano, sin apenas ninguna complicación —le dije.

—Perfecto para andar y correr en verano. ¿Verdad, joven?

—El mejor para estos días de calor. Sí señor.

Y así, en cuatro palabras que hablamos sin pararnos, fui abandonando su compañía echándome un poco a un lado —no sin rubor— para que pasara el viejo corredor fantasma, que siguió jadeante

con esa cansina cojera que le seguía valiendo para penetrar por la tupida senda que conduce a Santo Domingo, después de seguir por allí unos cinco kilómetros, una hora aproximadamente para mí, y cinco minutos menos para el abuelo, poco más o menos. El veterano atleta, acuciado por mi persistente presencia al haber incrementado súbitamente mi ritmo, miraba hacia abajo creyendo correr a paso de tortuga, por lo que fue desapareciendo tan lentamente de mi vista que dio tiempo de reaparecer de nuevo en mi recuerdo al cojo Geraldo de la película, transformado ahora en el esperpéntico bandido Fendetestas (que con tanta gracia interpretaba Alfredo Landa) cuando huía de un alma en pena o asaltaba a un caminante por los mágicos bosques gallegos, con la cara tiznada o con un pañuelo por disfraz cubriéndole la cara y a la voz de: «¡Alto! ¡Me cachis-en-Soria!».

Tras los breves momentos que aceleré ostensiblemente el paso, prácticamente convertido en marcha atlética, pude dar por restablecido mi pundonor deportivo, apaciguado por la lógica aplastante de que aquel ardoroso corredor, por mucho que quisiera, debía tener los metros contados; que más pronto que tarde la fuerza de la naturaleza se impondría, y ese Filípides cordobés echaría a andar en cualquier momento o aparecería sentado o derrumbado a un lado de la senda, exhausto o exánime. Y de nuevo venían a mi mente, sin auriculares que lo filtrasen, aquellas sabias palabras latinas: «Festina lente», el más recurrente de los oxímorom del Senderismo.

Traté de centrarme en el recorrido. Pensé en la gran dificultad del mismo. También analicé el comentario que unos días atrás me había hecho el Canijo al haber tropezado con el propietario de la finca ubicada en las proximidades del comienzo del Gaseoducto. Me habló de que la última vez que anduvo por allí le salió al paso un individuo mal encarado, exponiéndole la inconveniencia de pasar tan cerca de las puertas de su domicilio. A lo que mi amigo, ni corto ni perezoso, alegó que se ponía en su lugar, pero que lo suyo era aún peor, porque el Ayuntamiento hacía tiempo que le había plantado una acera de piedra en la misma puerta de su casa del barrio de la Judería, poco después de que la UNESCO le concediera el título de Conjunto Histórico-artístico y Patrimonio de la Humanidad, con lo que desde entonces no solo le



había facilitado el tránsito a los vecinos del lugar sino que se vio incrementado desorbitadamente el paso de turistas por su fachada. Con esta contundente filípica paró mi amigo en seco las quejas del hacendado, poniendo en evidencia su torpeza y egoísmo, no cabiéndole otra salida que acompañarlo con las orejas gachas por ese primer ascenso tan duro que compartía con los más osados cordobeses, tratando como último recurso de intimidarlo con su presencia, con su sombrero italiano de ala ancha en la cabeza y con un cigarrillo americano en la boca; a lo Al Capone rural. Al parecer mientras subían optó astutamente por ganar para su causa a mi colega a consta de vituperar a los impresentables ciclistas, de los que, por otra parte, dudo mucho que hubiera alguno capaz de ascender o descender por aquellos inexpugnables pedregales. Lo que no he podido comprender es cómo el individuo consiguió averiguar en tan breve lapso de tiempo que ellos eran precisamente el punto débil del Canijo, al que consiguió ganarse definitivamente manifestándole su indignación por el uso abusivo que habían hecho de los caminos, tildándolos como los modernos furtivos del campo, la plaga maldita más perjudicial que ha habido nunca para la cultura agraria.

Todo ello fluía por mi mente con una claridad meridiana cuando me acercaba al cruce, optando definitivamente por evitar tanto la temible entrada a los infiernos del Gaseoducto como el desagradable encuentro con su Cancerbero. Subiría unos metros más allá por la Meseta Blanca, junto a unas sorprendentes cuevas excavadas en la ladera de la montaña. Pero mucho antes de llegar hasta allí, a medio camino de Santo Domingo, me volví a topar de nuevo con nuestro omnipresente maratoniano que, negándose definitivamente a emular el destino del antiguo guerrero ateniense, corría ahora renqueante pero en sentido contrario, sudando perceptiblemente y con su sonrisa escondida. Nos saludamos al cruzarnos primitivamente, como debieron saludarse en el Jurásico, con inconfundibles sonidos guturales, y nos despedimos con ancestrales gestos, tal vez para siempre. Prudentemente el hombre habría seguido los consejos de los meteorólogos, empezando mucho más temprano que yo, para que así, apenas a las ocho que todavía eran, marchara ya satisfecho con su jornada deportiva completada con

satisfacción, listo para ducharse, desayunar y echarse un buen rato en el sofá, a salvo de los rigores de la calurosa mañana prevista.

Yo ya no volvería a encontrar un alma más hasta llegar al cruce del Gaseoducto. Se acabó la bucólica senda, los túneles naturales excavados bajo el bosque, el rumor ocasional de las esquivas aguas; la tranquilidad de la llanura. Primero pasé por última vez al lado opuesto, por el cauce seco del arroyo, en aquel lugar por donde un día el Maestro —haciendo de guía— se cansó de buscar un vado y se tiró en plancha, metiéndose hasta las rodillas en el agua. Anduve bajo los eucaliptos un corto tramo hasta encontrar las ruinas de un antiguo pozo sobre la orilla, señal inequívoca de que allí mismo, donde se unen los dos arroyos, se inicia la vereda hacia las míticas cumbres del cortafuegos más temido de la sierra. Me despedí con la mirada del mágico sendero que serpentea por el valle hermano junto a unas alegres aguas, y solo unos metros más allá reconozco las profundas regueras excavadas en el suelo que vienen desde lo alto, provocadas por las escorrentías de los escasos días de lluvia que disfrutaban por aquellos pagos. El preciso punto donde comienza el ascenso a la Meseta Blanca.

Con los oídos destapados, sin filtro que constriñera mis pensamientos, recuerdo los primeros días que subimos por allí: con Romerillo, el Maestro, Fernando (el Grumetillo) y su inseparable amigo Sendérix como guía. ¡Qué tiempos! Este era uno de sus caminos favoritos, que habíamos conocido primero para abajo, tan peligroso por su pendiente, por las profundas grietas y los chinillos sueltos, que se escurrían tanto. Pero para arriba era aún peor. Yo he tenido tiempos mejores y peores, de hecho no hacía tanto que había subido aquella cuesta por delante del grupo, pero los días que recuerdo fueron los de verdadero sufrimiento en la cola del pelotón, aquellos primeros días en que esas subidas inauditas se me atragantaban y Grumetillo se esperaba dócilmente para acompañarme, dedicándome tímidamente entonces una palabra amable y comprensiva de aliento. Palabras inmarcables que siempre han tenido un valor inestimable para mí.

Pues subí yo en esta ocasión despacio, con pleno conocimiento de causa, sin cebarme en el duro pero corto repecho inicial, pues luego se suaviza en un falso llano bajo los pinos, hasta que llegamos a un

pequeño cruce que conviene conocer. La exigua senda de la izquierda conduce a las cuevas, plagadas de excrementos de cabras y murciélagos, a las que se llega dificultosamente entre cerradas jaras, grandes peñas y molestos zarzales; una tortuosa senda alambicada, incierta y abrupta por la que no es fácil transitar ni aún para los más experimentados senderistas. Conociéndola decido seguir de frente y abandonar por hoy la romántica idea de hacerme un selfie en las escondidas grutas. La última parte de la escalada a la Meseta Blanca es larga, muy inclinada y escurridiza, entre unos profundos surcos excavados en la tierra. Al menos por allí no hay pérdida posible y no hay riesgo de sufrir los arañazos en los brazos o en la cara que seguramente sufrirás por el otro lado de la ladera, hasta las recónditas cuevas. El ácido láctico acumulado empieza a dejar sus huellas en las piernas y es preciso acortar los pasos y aminorar el ritmo para llegar arriba, si no queremos doblegarnos haciendo una parada antes de la cumbre. Indispensable reducir la amplitud de zancada, acompasar la respiración inspirando y espirando fuertemente el aire de nuestros pulmones aunque resulte exagerado o cómico y no levantar la vista del suelo, teniendo en cuenta que a las cimas de las montañas —como al fondo de los precipicios— se puede llegar paso a paso mucho mejor sin mirar a lo lejos. Después, al llegar a lo más alto, conviene orientarnos de nuevo y retomar la vereda que llevábamos en caso de habernos desviado, para no perdernos esquivando las rocas blancas —de las que toma su nombre la Meseta— y saltando por el manto de pequeños matorrales que cubren la frondosa e inesperada llanura. Debemos situarnos hacia poniente de la gran altiplanicie, siguiendo la senda que bordea el talud tan solo a un par de metros, hasta encontrar una salida por la cara norte. Encontraremos por las cercanías curiosos roquedales pintados de blanco —como improvisados excusados o pistas de aterrizaje de las aves— que son el lugar ideal para hacer un breve receso, beber agua, echarse algo al colete allí sentados y contemplar sus extensas panorámicas.

Entre dos agrupaciones rocosas blanquecinas características descendiendo nuestra senda, por la que salimos después de haber restaurado medianamente la respiración y nuestro ritmo cardíaco. Esa vereda si se

sigue siempre a la derecha en cada cruce, pronto nos dará una panorámica espectacular de la ladera oeste del conducto subterráneo del gas, inconfundible por las continuas señales verticales a sus lados que lo identifican. Contemplaremos la finca del amigo del Canijo en la base del puerto; la primera terrible subida, y el perfil en forma de cresta de gallo que lo delimita sobre la sierra, como un verdadero skyline natural, sin lugar a dudas uno de los tramos más espectaculares y emblemáticos de los senderistas cordobeses.

Pasando yo por allí este domingo me pareció escuchar unas voces humanas (pues no conozco otra clase de voces). Unas misteriosas voces de las que no encontraba su procedencia. Creyéndome completamente solo en medio de la Amazonia, como un enloquecido Aguirre buscando mi Dorado, creí que serían voces de ultratumba. De hecho, para mayor espanto, me parecieron voces conocidas, más claras y sorprendentes a medida que parecía que se acercaban. Escruté la silueta cada vez más cercana del skyline, seguí desde el principio su sinuosa línea—invisible tras los picos más altos— hasta que pude vislumbrarlos dos o tres valles más allá: dos muñequitos de juguete con sus mochilas a las espaldas desfilando en el mismo sentido de mi marcha, tan evidentes ya a mis ojos como a mis oídos. Como una silenciosa rapaz que volara por encima, los seguí con la mirada seguro de que ellos no me verían a mí. Los escuchaba bien, aunque no los entendía del todo, solo palabras sueltas. El tipo de delante, que se agigantaba a cada paso, iba de rojo, se tocaba con una gorrilla negra y era más alto que el de detrás y hablaba más fuerte, por lo que deduje que sería quien llevara la voz cantante. (En realidad, al único que se le escuchaba).

«Hacía ya un buen rato que habían coronado el primer pico y se sentían capaces de charlar de nuevo ahora —pensé—; seguro que subiendo no hablaban tanto. Si fuera sábado habría dicho que era mi sobrino con algún cliente de compromiso o alguien relacionado con su trabajo, pero domingo..., muy raro». El de delante no paraba de hablarle al de atrás en un volumen tan elevado que, no me quedaba más remedio que pensar que el de detrás debía ser sordo. Y en seguida me dije: «Terapias campestres». Aunque ellos no parecía que trataran ningún

tema literario o filosófico, sino laboral, de las responsabilidades de cada uno en el trabajo. El primero debía ser un jefecillo estricto, de esos que le van contando a todo el mundo lo indignante de la labor de los demás. El otro hablaba menos y más bajo, como si se sintiera aludido, pero sin atreverse a quitarle la razón. Me pareció que iban despacio. No se puede correr ni andar muy deprisa hablando tanto, pero puede que fuera una impresión equivocada, solo el hecho de haber tomado por esa terrible ruta me infundía cierto respeto.

Su camino y el mío confluían en pocos metros. Debía ser mi sino toparme justo en el cruce con ellos. En una extensión de terreno tan inmensa como aquella, que se te perdía la vista y no veías otra cosa que montañas verdes, árboles y matorrales por los cuatro puntos cardinales, era coincidencia encontrarnos al llegar al Gaseoducto justo en esa intersección con mi vereda, por la que podría hacer semanas que solo transitaban conejos, zorros o jabalíes. Pero al darme cuenta de que los dos tipos que gritaban eran desconocidos para mí, apreté el paso a conciencia para tratar de salir unos metros por delante, para no tener que obligarme a hacerles compañía.

De todas formas, estando tan cerca de ellos, a apenas cinco o seis metros tan solo, en aquel lugar solitario, me vi en la obligación de saludarlos:

—¡Buenos días! —les dije.

Y ellos me correspondieron a su vez con la misma parrafada:

—¡Buenos días! —y con eso nos creímos todos justificados, así que seguí adelante su camino, que era desde ahora el mío también.

Mi destino era hoy apretar el paso, fuera cual fuera la dificultad del terreno, como antes con el abuelo corredor o como aquel día cuando nos encontramos con esa pandilla de viejos senderistas en el Gran Khan, el otro cortafuegos legendario, solo comparable a este. Aquel día, «[...] después de alcanzar a los más rezagados del grupo al principio del tortuoso sendero, nos vimos envueltos en mitad de ellos subiendo por las más empinadas cuestas, viéndose literalmente obstruido nuestro camino por un gran número de aficionados montañeros, debiendo ir adelantándolos a todos uno por uno con verdaderas dificultades, hasta alcanzar a los más expertos, que se resistieron a ser rebasados,

obstinándose en medir sus fuerzas con las nuestras, en un duelo suicida en la alta sierra, llegando arriba todos en una frenética carrera alpinista con graves muestras de agotamiento, lo que tendría a corto y medio plazo imprevisibles consecuencias...».

Eso escribía yo años atrás explicando aquel encuentro singular por una de las más duras rutas de la sierra. Pero no se preocupen, no pasó nada, era puro teatro. Todos estábamos entonces en bastante buena forma. Solo quería demostrar nuestro innato instinto competitivo, que nos impedía relajarnos y disfrutar de las bondades de nuestros paseos campestres en cuanto olíamos o escuchábamos la proximidad de algún senderista cercano. No sé si han visto esa película de un caballo legendario llamado Seabiscuit, que le pasaba algo parecido. En este caso podía ser suficiente para alejarme con seguir más o menos al mismo ritmo que llevaba por esta última vereda, si es que ellos se empeñaban en seguir hablando como cotorras. Pero por si acaso aceleré el paso considerablemente, sin bajarlo apenas por los continuos repechos que nos íbamos encontrando, lo que no era tan sencillo dado lo escarpado del terreno que pisábamos ahora.

Encima de los cortafuegos no existen los árboles. No hay sombras. Y el sol ya calienta a pesar de no estar aún en lo más alto. Tras evitar mirar hacia atrás durante un buen rato, para no darles el gusto de parecer estar midiendo mis fuerzas con las de ellos, pasados unos largos minutos de arduos y repetidos ascensos, dejé de escuchar la voz de los furibundos caminantes. Y en mi predecible monólogo interior me preguntaba:

—«¿No les oigo porque los habré dejado muy atrás y ya no se oye lo que dicen? ¿O habrán callado? En ese caso ¿habrán callado por cansancio o habrá sido porque, agotada su indignación —consumada la terapia— se han puesto a desempeñar por fin la legítima labor del senderista, que no es otra sino andar cuanto más lejos y deprisa, mejor?»

Cuando no escuchaba absolutamente nada, me volví y pude comprobar que no había moros en la costa (ni siquiera cristianos). Respiré profundamente aliviado y aminoré la frecuencia de zancada. Debía ahorrar fuerzas si quería afrontar la última ascensión con

garantías. La parte final del Gaseoducto es más larga que la primera y aún más dura. Tanto que mis primeras veces yo la subía en zigzag, desde abajo, como esquiando hacia arriba. Con el tiempo me enseñaron que la mejor manera es ascender por el borde izquierdo, por la parte externa de un reseco surco relleno de piedras que circula paralelo a la empinada rampa.

Tras recorrer aquellos empinados e interminables montículos, afrontados con decisión para no caer en la humillación de verme rebasado por los parlanchines caminantes, surgieron de frente, antes de la gran subida, un buen puñado de veloces corredores de Trail Running, bajando por donde yo tendría que subir. Era una visión irreal, fantástica, ver descolgarse por aquellos descomunales acantilados a un pelotón de exóticos deportistas uniformados como ninjas con ropas de camuflaje, hasta los yermos páramos.

En cuanto a utilizar este tremendo cortafuegos en particular como lugar para correr, me parece inconcebible. Pensaba yo: «Si apenas te puedes mantener en pie subiendo, a fuerza de gemelos de piedra y rugosas suelas adherentes, por aquel terreno extremadamente abrupto y casi vertical, con grandes grietas, duros e irregulares surcos, arenisca y piedras sueltas de todos los tamaños; ¿cómo es posible dejarse caer corriendo por aquel barranco pedregoso del infierno? Si subiendo da miedo volverse hacia atrás. Si da vértigo. ¿Cómo se puede descender corriendo el Gaseoducto? No se me ocurre nada con mayor riesgo de accidente. Solo lo creía apropiado para los más atormentados montañistas, aquellos que fuesen buscando la manera más ecológica y segura de suicidarse».

Después de pasar entre los dos exploradores que servirían de avanzadilla a la tropa para sopesar las dificultades del terreno, y saludar uno por uno al grueso del pelotón de atormentados montañistas, varios jóvenes que llevaban un correr ligero y solvente, demasiado jóvenes e imberbes para pensar en el suicidio, me encontré con una cara conocida, un tipo de mi edad, no muy alto, con una cabeza de tamaño muy superior a la media y un corpachón casi tan ancho como el mío —un individuo rechoncho, vamos—, un tipo que parecía el padre de todos y que cerraba el pelotón a cierta distancia, sudando a chorros, con grandes

ojeras y visibles síntomas de abatimiento. Él me miró desde lejos y no dejó de hacerlo hasta cruzarnos. (Claro ¿qué iba a mirar por ese sendero solitario?) Yo creí conocerlo, y no superficialmente. ¿Quién sería? Algún cliente... No. Más lejano todavía: un futbolista. Puede ser... ¡Claro! Era Virgilio. ¡No fastidies! (Con quién si no iba a encontrarme en los infiernos). Pero no podía ser él, no allí, no en Córdoba, no corriendo precisamente por allí. Si estaba en Zaragoza o por alguna otra ciudad del norte, destinado. Cuando los dos estuvimos seguros de quiénes éramos cada cual, nos paramos a un par de metros el uno del otro (la distancia de seguridad aconsejada). Entonces, mirando hacia delante, pegó un fuerte chiflido y se dirigió a sus pupilos —eso debían de ser por la diferencia de edad— con un grito tremendo a lo Sargento de Hierro:

—¡¡¡Aaaalto!!!

E inmediatamente el pelotón de soldaditos se paró, obedeciendo y clavándose en el acto.

En el silencio apenas interrumpido por el pitido de mi oído, sin salir de mi asombro y con los ojos muy abiertos, le pregunté asombrado:

—¡Eres Virgilio! ¿¡Virgilio Arenas, no!? “El Cabezón”—y me respondió tranquilamente:

—Claro, joder. Y tú, Juanjo Gañán, “el Cafeteras”.

—¡Ja, ja, ja, ja! —nos partimos de risa los dos, a pesar de nuestra respiración agitada, del ritmo frenético de nuestros corazones y del aturdimiento producido por el cansancio y por la inusitada situación.

¡No lo veía desde el Bachillerato! Después perdí su pista para siempre. Nunca le volví a ver hasta hoy. Arenas era un buen estudiante de la clase de al lado, un magnífico deportista, mejor atleta que futbolista y gran compañero y amigo, hasta vecino del barrio de Levante. (Pero ya os iré contando. Como ahora este relato no se puede detener para contaros su historia, nosotros no podíamos detenernos en ese momento tampoco marchando por encima del Gaseoducto, como si nos hubiéramos cruzado en el Polo Norte). Así es que le pedí su teléfono, lo llamé para que se quedase registrada mi llamada, y nos



despedimos rápidamente sin abrazarnos siquiera, solo tocándonos con la punta de los codos, como exigen los actuales cánones.

Qué lástima, no le había preguntado ni qué hacía en Córdoba, aunque eso fuese algo evidente. Mil preguntas me asaltaron inmediatamente al darnos la espalda, pero todo lo tuve que aplazar porque estaba en la base de la gran subida final y eso requería toda mi atención. Para más INRI, al volver la mirada hacia atrás distinguí a mi pareja de senderistas perseguidores. Lo que faltaba. Se me habían echado encima tras la breve parada con mi amigo. El senderista más alto también se dio cuenta, a lo lejos, de que lo estaba mirando, y estoy por decir que al verme se le dibujó en el rostro una leve sonrisa. Pero no estaba dispuesto a ser sobrepasado al final del maldito cortafuegos. Apreté las mandíbulas y comencé a ascender pegado al lado izquierdo, como buen conocedor que era de aquel camino construido para entes más livianos. Y como un bravo toro de la mejor casta, se lo dediqué a mi reencontrado amigo Virgilio: pasitos cortos (casi quieto), mirando al suelo (nunca al tendido) y (*fufús, fufús...*) respirar acompasado. Ya veríamos quién era todavía “*el Cafeteras*”.

En el primer tramo no hubo nada reseñable. Me atreví a subir por el centro de la rampa en vertical los primeros metros, sin dejarme apabullar por la proximidad de mis perseguidores, consciente de que la ansiedad es también un factor de riesgo. Poco a poco fui buscando mi natural querencia hacia el lado izquierdo, como estaba demostrado que era más llevadero, dentro de lo que cabe. Me encontraba tan bien que no dudé ni un solo instante en que sería imposible —dada la distancia que nos separaba— que llegaran a sobrepasarme, y los desprecié como al principio con el látigo de la indiferencia, sin dedicarles una sola mirada que les sirviera de acicate. Aquella última escalada tiene una sola curva, que es donde se inicia el segundo tramo, por dividirla de alguna manera digerible. Allí sentí yo por primera vez esa jornada las elevadas temperaturas que me esperaban, cuando eran aún las nueve y media de la mañana, y podría jurar que ya sobrepasábamos los treinta grados. A esa altura, con lo más duro por llegar, pensé en lo que sería ascender

Torreárboles dentro de dos horas aproximadamente, y puse en duda por segunda vez el itinerario que llevaba programado.

Seguí ascendiendo, pero ahora como si hubiese cargado allí con una pesada losa de las que se hallaban por los suelos. Pensé en el primer día que ascendí por allí, en aquellos interminables zigzag, que solo podían ser soportados creyendo haberlos inventado. No estaba mucho mejor que entonces. Solo la experiencia me decía que —si no sufría un colapso y me quedaba allí tieso como una momia— dentro de diez, quince minutos o media hora llegaría arriba y, aunque después quedase la otra mitad de la ruta con un calor sofocante, ya no sería como esto, por muy tocado que quedase. Y así fue, no porque yo fuese profeta ni adivino, sino porque a veces es preciso infundirse ánimos de alguna manera para engañarnos a nosotros mismos y superar las dificultades. Aun así se hizo muy largo. Por dos o tres veces sentí que me caía para atrás, y no es que me quedara parado a descansar, solo traté de estabilizarme, como un funambulista que rectificase su posición y se detuviese cuando le sobreviene una fuerte racha de viento.

Finalmente me decidí a mirar hacia abajo. Ni rastro de mis perseguidores. Mi doctor Jeckyl, vengativo, le recordó a mi místico Hide: «Si ya te lo decía yo. Si era imposible». Y este le respondió, sibilino, en mi silencioso diálogo interior: «Pero faltan todavía por lo menos cincuenta metros, y a ese paso con las fuerzas que te quedan..., no sé yo». Los cincuenta metros que quedaban se convirtieron en quinientos en mis piernas. Al llegar arriba, donde se alza una inmensa torreta metálica de alambrado eléctrico, me hubiese tirado en ese momento al suelo con los brazos abiertos, como hemos visto algunas veces hacer a los más exhaustos atletas de la Marathon. Pero no me lo pude permitir. Además de por el peligro de quedarme allí tirado, reseco, como un sapo en medio de la tierra, debían de estar a punto de llegar los otros dos alpinistas. Pasé de largo sin mirar siquiera hacia abajo por el profundo precipicio. No iban a encontrarme así, vencido y digno de conmiseración. Ni mi ruta ni la de ellos acabarían allí, así que, sin parar ni un instante, continué con mi camino, resoplando como un búfalo, y en la mente con un único pensamiento: no seguir subiendo.

Hasta llegar a la vereda de los Villares, paralela a la carretera del Parque periurbano, no paramos de ascender, pero a otro nivel, son dos o tres cuestecitas con sus piadosos rellanos sombreados bajo los altos pinos. Y lo mejor, al llegar al fondo, antes de toparnos con el asfalto, me pude despedir de la dura gesta de subir al pico de Torreárboles, para llegar a la localidad de Cerro Muriano, girando a la izquierda por el camino contrario, sin ningún remordimiento, de vuelta para Córdoba.

En ese momento me encontraba, según los planes, en la mitad del camino. Llevaba diez kilómetros de ruta. No sé si eso es poco o es mucho. No es demasiado. Puede ser poco incluso para un recorrido normal, pero era bastante para llevar subiendo tanto rato por aquellas torronteras, jamás diseñadas por los hombres o por la misma naturaleza, para ser recorridas andando —y menos corriendo— a marchas forzadas. El camino de la derecha me hubiese asegurado veinte kilómetros escasos, según tenía medido, lo que supondría alargar dos horas y media aproximadamente la jornada, para llegar con tiempo de tomar el autobús de la una menos cuarto en el Muriano. Pero obligatoriamente habría que ascender al terrible pico de Torreárboles, en pleno mediodía, con toda la calor. Mientras que volverme hacia Córdoba en teoría me aseguraba todo el camino cuesta abajo, que no es que fuese para las piernas un regalo, pero no era como subir, y era psicológicamente mucho más llevadero. El precio era la incertidumbre del camino de vuelta. ¿Qué hacer? ¿Imitar a los corredores ninjas de mi amigo bajando por otro cortafuegos paralelo a este unos metros más abajo, con el peligro de resbalarme y quedar, tal vez, lesionado, en medio del camino, solo, sin poder recurrir a nadie en mi auxilio? ¿O seguir prudentemente varios kilómetros más adelante para bajar por un sendero abrupto, pero más humano, que desciende como en una escalera de caracol sembrada de piedras? No me quedaba más remedio. Tenía que optar por esta segunda opción aunque ello me supusiera prolongar en varios kilómetros la ruta y, por tanto, afrontar las calores como un alumno suspendido en junio tiene que estudiar durante los meses veraniegos.

Pero dejémonos de hipótesis. Yo estaba como loco en esos momentos por sentarme a la sombra lo antes posible, y aprovechar para cambiarme la felpa, la camiseta y quitarme los guantes. ¡Es de risa! La

ruta más calurosa del año y yo con guantes. Debía haber una fuente por allí, muy cerca, en un reducto sombreado bajo unos árboles, con un banco perfecto de piedra. Pero no sabía si hacia un lado o hacia el otro, y no estaba dispuesto a dar un solo paso en balde hacia atrás. Si tenía suerte que estuviese en mi camino, bien. Si no, ¡al carajo! Pero no, no hubo suerte, no sería por allí. Al llegar al camino junto a la carretera dejamos también atrás un tramo sombreado de altos pinos, y empiezan a escasear las sombras. Pero pronto encontré otro banco de piedra, igualmente a la sombra, aunque sin fuente a su lado. Era el banco del puentecito de madera, uno de esos tan rústicos como apropiados de los parques forestales, uno donde en más de una ocasión ya había hecho descansar mis posaderas. Allí paré pues, me quité la mochila, pero no me senté —mentiría—: me tendí, me acosté. Y casi me dieron ganas de llorar. Hacía tiempo que no me encontraba tan cansado. Y pensé (recuerden que no llevaba auriculares): «Tengo el COVID. Estoy infectado.»

Eso tenía que ser, no quedaba más remedio. No podía dar un paso más. Pero, aunque a menudo el cuerpo exprese pronto sus debilidades, nos sorprendería conocer nuestros límites. Con la premura de no demorarme demasiado, tras poco más de un minuto de muerte súbita, resucité con la apremiante consigna de quitarme los guantes, la felpa y la camiseta amarilla, que estaban chorreando, quedándome así bajo la sombra, refrescándome con la ligera brisa de las alturas. Como un vulgar turista neerlandés por los alrededores de la Judería en pleno verano. ¡Qué placer! Bebí agua de mi bolsa por el tubito azul que colgaba de la mochila, que ya no estaba tan fresca como antes, di buena cuenta de mis dos piececitas de fruta que me había preparado al levantarme, y me volví a cubrir el torso con otra camiseta acrílica, una bonita camiseta con cremallera en el cuello, más discreta que la anterior, en dos tonos de grises separados por un ribete rojo, la más suave y menos pegajosa de las veinte que tendré para hacer senderismo, y tal vez la más antigua y descolorida. Pero la conservo porque me da pena jubilarla. Estiro un poco apoyándome en el banco, me coloco la otra felpa, una que usaba para esquiar más discreta —sin letrero publicitario—, meto la ropa dentro de una bolsa en la mochila, me la

cargo a hombros, le engancho la funda del inútil Smartphone con el aparato dentro, agarro el bastón y me pongo de nuevo en marcha, bastante repuesto.

Cruzo el hermoso puentecito y comienzo a recorrer aquel conocido sendero, que no es otro sino el famoso GR-48, el camino más importante de nuestra provincia, por donde pasa el Camino Mozárabe, que es el trozo de tarta regional que nos ha correspondido del Camino de Santiago. Y en cuanto parto por allí me sobreviene un gran suspiro de alivio al darme cuenta que ya no tengo que sufrir subiendo al pico más alto de la sierra, como tenía planeado. Estaba en el punto más apartado de mi ruta. Se puede decir que estaba bastante lejos de mi vehículo, prácticamente a las puertas del Club de Golf, a donde hace diez años me hubiese parecido impensable llegar sin él. Pero no me tengan lástima, yo soy un caminante bastante experimentado. Cuántas veces me habría arrastrado hasta allí detrás de Sendérix o de Romerillo, después de llevar una buena paliza a mis espaldas. ¿Acaso no recuerdo el día, hará ya tres años que le dio a mi querido sobrino por batir el récor de ascensos subiendo por los cuatro cortafuegos de los alrededores, uno detrás del otro? Y sin anestesia ni botellas de oxígeno. A pulmón, sin aviso previo ni preparación psicológica ni nada. Que por poco no tenemos que jubilar al Maestro anticipadamente en lo alto de una de aquellas descomunales cumbres de la cordillera (le hubiéramos ahorrado los disgustos de tres cursos con los padres y la maldita Pandemia, porque los niños nunca fueron para él ningún problema). ¡Pues entonces! Para qué me iba a quejar. Hoy sería como dar un paseíto cuesta abajo en solitario, si acaso un poco más caluroso que otros días, nada más, y sin audiolibros. Entonces pensé en dejarme acompañar por la música, aunque fuera en voz alta. Como esos niñatos de mi barrio que pasan con sus coches con las ventanillas bajadas y el reproductor a todo trapo. ¡Qué le iba a hacer si no tenía auriculares! Total, si por allí no pasaba nadie. Cuatro ciclistas. ¡Qué más daba!

Y eso hice. Pensé en lo más adecuado. Algo que me subiera el ánimo. Mi repertorio no es tan amplio porque yo me quedé anclado en los noventa. Aún no he pasado de siglo musicalmente hablando. En el móvil llevo poco más de treinta carpetas con la música que he ido

recopilando con el paso de los años: música francesa, italiana, española de los años setenta y ochenta, algunas arias de ópera y un poco de música clásica que apenas escucho, canción protesta variada (incluso en francés), rock andaluz y rock clásico de toda la vida, dos o tres canciones inevitables de Elvis Presley, algo más de los Beatles, América, Crosby, Stills, Nash & Young, Cat Stevens, Dire Straits, algo de Queen y de Police, duetos extraños cuyos nombres prefiero reservarme, un disco de Carlos Cano en directo, el Jesucristo Superstar de Camilo Sesto, una selección reciente de Sabina recomendada por Pancho Varona, otra que hizo el Canijo, con baladas de mujeres, el Country de mi sobrino, una recopilación de bandas sonoras para jugar a las adivinanzas cuando vamos de viaje, el Ahora de Asfalto (del 79 nada menos), varios discos de Pink Floyd, dos de Supertramp (el Crisis, what Crisis y el del piano) y dos o tres discos Mix con lo más escuchado de los últimos cuarenta o cincuenta años que ido reuniendo para determinados momentos. Me incliné por poner mis temas preferidos de Triana, de Mezquita y Medina Azahara, intercalados con alguna de las más conocidas canciones de la Lole y el Manué, que es de lo que mejor suena por la mañana. Esas quejumbrosas voces entre los familiares acordes de guitarra. Me daban ganas de cantar a grito pelado aquellas desgarradas canciones de otra época, y de llegar al coche y pasearme por los suburbios con el aparato a toda voz y las ventanillas abiertas. Pero no era tan atrevido para eso, además se malgastaría el aire acondicionado (¡je, je!). Aunque en momentos como aquel podía comprender de qué profundas carencias, de qué rebeldía salían aquellas ideas tan peregrinas.

Pero ya hemos descansado bastante, pongámonos en marcha que aprieta el Lorenzo. ¡Puf!, estoy ya desvariando, debe ser por la calor. Me salen por las orejas mis orígenes humildes. Será todo por lo mismo; la falta de los dichosos auriculares. Trataré de contenerme que aún queda un rato de caminata y el fluir de mi conciencia se me derrama, a pesar de la música. Claro, la música es diferente a la lectura. Escuchar la narración de un libro te circunscribe al contenido del mismo, pero escuchar música es justo al contrario; libera la mente y fluyen los pensamientos sin ningún corsé, por eso ahora me resultaba más difícil

concentrarme, si bien recuerdo que no siempre fue así, pues en tiempos ya pretéritos gustaba de estudiar con la música puesta. ¡Me imagino lo mucho que estudiaría, claro! (Espero que no lea este relato ninguno de mis hijos; no me gustaría ser un mal ejemplo para ellos).

Tan distraído iba andando con mi musiquilla que pasé por el cruce de los dos cortafuegos cercanos sin darme cuenta. El cruce donde acaba el Gran Khan queda al principio de la pista de aterrizaje y el Ankle, donde termina. Por este último, el más pequeño y accesible, había bajado en un par de ocasiones, incluso solo, pero esta vez no tenía ánimos para despeñarme por aquel lugar tan peligroso. Dejé atrás la pista de aterrizaje (posiblemente la menos usada del mundo, desde que desmontaran el valioso Parque de Bomberos Forestales), y seguí adelante con una sonrisa, mientras Medina Azahara, en su tema Diálogo repetía una y otra vez en voz alta:

—«Pregunté a la Luna, si era el amor, lo que brilla en tu sonrisa con tanta ilusión. Y llorando me confesaba que quería ser para mí.

Y la Luna me contestaba: Para amar hay que sufrir...»

Pasé por el borde de una estrecha senda que también baja a Santo Domingo: la Matasuegras. Así la llamamos nosotros por su versatilidad desde hace más de ocho años que la descubrimos, dedicándole un surrealista relato a la atención de todas las suegras del mundo, haciendo especial referencia a la mía. Una senda que mi sobrino habría conocido semanas atrás en una de sus abundantes rutas penitenciales, y quería ahora hacérmela subir con él prometiéndome que no era tan dura, y que sería capaz de subirla hasta su propia madre política. Por ahí empezó todo, terminando con un breve epitafio que acabo de copiar de la web denominado *Paseito Matasuegras*, cuyas palabras eran estas: «Señor, recíbela con la misma alegría con la que yo te la envío».

Dicha senda viene a salir por arriba donde yo me encontraba, justo en el cruce del Parque de los Villares con la carretera que va al Lagar de la Cruz, tradicional enclave de nuestra sierra. Seguí mi recorrido hacia abajo por una vereda que marcha durante unos metros

paralela con la carretera del Catorce por Ciento, camino de la ciudad, y que luego se despega y, tras una breve pero empinada pendiente, se convierte en un sinuoso sendero excavado en la falda de la montaña, con el suelo plagado de piedras, el lugar exacto por donde había decidido bajar desde que cambié mi plan y salí por el otro lado del Gaseoducto.

Sería mi particular infierno. Y fue entonces cuando me volví a acordar de Virgilio. Pero ahora me parecía irreal. No sé si alguien me dijo que había muerto. No recuerdo bien, estaré confundido con otra persona. Por Plutarco, mi viejo amigo catedrático, supe que se metió en el ejército o en la policía. En la policía debía ser más bien, porque no hace mucho leí una noticia en Internet que hablaba de su ascenso a comisario de la Jefatura de Policía de una ciudad importante del norte. Y no me extrañé nada al saberlo. A ellos dos los unía una manifiesta pasión por la Historia, por los uniformes y por las batallitas. Los dos siempre tuvieron —aparentemente al menos— las cosas muy claras y actuaban con el rigor correspondiente. Al final es la única forma de triunfar en la vida: saber las cosas que te gustan y que quieres hacer desde el principio, dejar de lado sin pesar todo a lo que estás dispuesto a renunciar, y fuerza de voluntad para llevarlo a cabo. Lo de creer que a partir de los cincuenta se puede empezar todavía con otro proyecto de vida es engañarse a uno mismo, o conformarse con poco, pero eso es lo que nos queda a algunos para acallar nuestra conciencia.

Entonces pensé en que a lo mejor, si mi amigo estaba de vacaciones por aquí sería posible llamarlo y, además de recordar viejos tiempos y ponernos al día sobre estos años, podría preguntarle si querría compartir conmigo alguna de sus aventuras más interesantes o algunos secretillos de la profesión que me animasen a seguir con mi novela. Aunque creo que en lo que él es un experto es en el Derecho Laboral —de lo que tiene algo publicado—, y no creo que le interesen a mis lectores las cotizaciones de sus nóminas o el convenio colectivo de los policías españoles, sino, en todo caso, si tuvo que sonsacar a algún superior alguna vez, si descubrió a un topo entre sus compañeros o tuvo que asesinar por alguna razón a algún sindicalista o político en el ejercicio de sus funciones.



Seguí bajando a trompicones por mi largo y tortuoso sendero, que se retorció como los demonios en llamas, sin apartar los ojos del suelo ni un instante, no como le ocurriría al Dante si fuera él y no yo quien bajara por aquí junto al sabio autor de la Eneida, pues en estos momentos debería de estar expiando el flaco y amarillento pecado de la Envidia, por haberse alegrado de ver a otros caer, recibiendo la terrible penitencia de cerrarle los ojos y coserlos.

De igual manera continué yo siendo atormentado por las tortuosas piedras de ese cauce eternamente seco, como si recorriese los túneles del mismísimo Infierno, castigado por no sé cuántos pecados capitales que habría yo cometido a lo largo de mis días.

Desde casi cualquier punto de ese sendero que se desatornilla hacia abajo, es visible el santuario, y las vistas con Córdoba en la lejanía hay que reconocer que son espléndidas; pero para apreciarlo es conveniente detenerse para no tropezar. No es como creen los detractores del senderismo deportivo, eso de ir marchando por los caminos con la cabeza alzada, respirando profundamente los aromas embriagadores del campo mientras se queda uno extasiado mirando los paisajes. Eso son chorradas. Yo esa imagen idílica del senderismo me la borré de inmediato el primer día que salí con mi sobrino. Y el que quiera que pruebe a salir con nosotros un día de estos. No les voy a aburrir con más anécdotas. Seamos claros: yo por allí iba reventado. Me estaba torciendo los tobillos cada dos por tres, las uñas de los pies las debía llevar moradas o negras de presionar en la punta de las zapatillas por la bajada, las piernas me dolían desde que salí del Gaseoducto y empezaba a hacer un calor infernal. Miré un segundo hacia abajo para comprobar la distancia que me separaba aún del viejo enclave religioso, comprobando que seguía allí, casi al alcance de la mano, y continué mirando para abajo, puesto que mi prioridad era no pisar una piedra suelta para no caerme y quedarme allí tirado como un esqueleto humano en el desierto del Kalahari.

Al final del Sacacorchos, que es el nombre que le dimos hace años a aquel sendero retorcido, antes de conocer siquiera los tres cortafuegos próximos que conectan con los Villares, nos adentramos a un espeso pinar, agradeciendo su sombra protectora y la amplia pista

que se abre ahora hasta llegar a la ermita. Desembocamos muy cerca de donde acaba la vereda Matasuegras, en las proximidades de un arroyo, por cuyo lado pasaremos. Hasta llegar a Santo Domingo debemos traspasar dos altas vallas metálicas, una por la derecha y otra por la izquierda, con algunas dificultades (mucho peor para los que van en bicicleta). Y siguiendo por allí en pocos minutos estaremos en la base de una empinada carretera asfaltada de doscientos metros que asciende hasta el recinto de la ermita. Pero no es preciso subirla. Me niego. Por ese cruce continué adelante por la pista de tierra, y en la bifurcación tomo el ramal de la derecha, que nos llevará pasados unos kilómetros de ardua marcha, hasta el Puente de Hierro y, dos kilómetros más allá, hasta las mismas puertas de las cocheras de los autobuses municipales. Pero dicho así parece poca cosa: menos de siete kilómetros. Lo malo es hacerlo andando ese domingo de ardiente calvario, después de subir a la Meseta Blanca y al Gaseoducto a fuerte ritmo. Y sin auriculares.

Por las proximidades de Santo Domingo llegué sobre las once. Acababa de dejar atrás un verdadero infierno, para entrar ahora en algo más liviano, en una especie de Purgatorio, por continuar la analogía con la Divina Comedia. No es que llegase allí muy animado que digamos, pero ahora me había relajado al fin, y seguía escuchando mi musiquita. Sonaba Luminosa Mañana, un tema evocador de Triana, que al son de las palmas y de la guitarra, decía así:

«Ayer tuve un sueño, alto como el cielo. Cuando desperté, algo me quemó muy dentro. El pájaro cantaba, la triste melodía, que brota de la tierra, sin cesar ni un momento. De pronto me vi, como un extraño, comencé a caminar, sin saber a dónde ir, sin saber...»

«Los árboles contaban, historias de otros mundos, con danzas expresivas, para un corazón sediento. Luminosa mañana, prendida de sufrimiento, hoy he visto la luz, que todos llevamos dentro. ¡Aaahhh! ¡Aahhh! ¡Aaaahhhh!»

Y repetía yo esos alaridos por allí como un poseso, imbuido de nuevas energías, con el riesgo de espantar a los escasos fieles que estarían a punto de vestirse de limpio para acudir a misa de doce, que es la única que queda de toda la semana en Santo Domingo Scala Coeli, el simbólico nombre que le dieron los padres dominicos al centro de

devoción y confinamiento para el noviciado de la ilustre orden en los prósperos años del Renacimiento. Allí esperaba yo comenzar mi remontada, purgando poco a poco mis pecados, lentamente agarrado a mi bastón, como si se tratara del pasamanos de aquella escalera que condujera al cielo.

Pero el precio era alto y la penitencia exigente. Frente a aquellos antiguos ermitaños, más centrados en la oración y en los tormentos estáticos, tenía yo ahora que pagar por mis excesos con los rigores de los nada nimios esfuerzos atléticos por el último sendero de mi ruta infernal, con la mochila llena y una temperatura tórrida.

Necesitaba dividir los siete kilómetros que tenía por delante. La mitad del camino puede estar aproximadamente en el cruce que se desvía a las Salesas, punto claramente señalado al lado del arroyo, donde se separa definitivamente hacia poniente una ancha pero destartalada pista terriza hasta la Avenida de San José de Calasanz, más allá de Los Abetos del Maestre Escuela, a la entrada de la ciudad por el barrio del Brillante. Hasta allí, los escasos cuatro kilómetros que se recorren entre la arboleda, no son ni los más duros ni mucho menos los más desagradables de caminar, sino todo lo contrario; me parecerían un verdadero placer en cualquier otro momento que no fuera aquel en el que yo me encontraba, sumido en una debilidad bastante preocupante. Yo, por aquellos lares, caminaba cabizbajo como arrastrándome, dejándome llevar por una desgana o un desfallecimiento progresivo. No tenía fuerzas ni para salvar los pocos escollos que se encontraban por el camino. Por dos veces caí por los suelos, completamente, cuan largo y ancho soy. La primera vez nada más cruzar el curso del arroyo por primera vez, en un profundo descenso que obliga el sendero a realizar, bajo un tronco que debió poner allí alguna organización mafiosa de animales del bosque para obstaculizar el paso a los caminantes, debiendo salvarlo con la fea postura de arrastrar los cuartos traseros durante ese tramo. Y la otra, poco después, de nuevo para pasar bajo un gran tronco que deja un espacio mínimo por debajo, mucho mejor que obligarse a saltarlo. Un lugar por donde paso sin quitarme la mochila, tratando de agacharme con cuidado de no tocar en el árbol, para lo que debo apoyar las palmas de las manos y, a veces, las rodillas, con el

desagradable resultado de ensuciar mis extremidades. Pero esta vez fue aún peor. Debía saber que sería inútil tratar de pasar sin apoyarme, mucho menos con el cansancio acumulado, pero ya digo que por aquella zona ya mi cerebro no marchaba bien. La música también debió tener su influencia. Había pasado del rock andaluz a la canción protesta, y mi espíritu no debía encontrarse muy propenso a arrodillar mi cuerpo. Escuchaba esa canción de Facundo Cabral llamada Pobrecito mi patrón, como si fuera un libro de texto, y justo cuando me inclinaba para pasar por debajo del tronco, recitaba Facundo:

—«Quién sabe si el apoyarse, es mejor que el deslizarse...»

Y, siguiendo su proverbial perspicacia, me tiré yo al suelo, boca abajo sin la más mínima intención de hacer el esfuerzo de mantenerme a cuatro patas como un vulgar paria, dejándome caer del todo sobre la tierra. Y no solo sobre mi sudorosa vestimenta, sino incluso sobre mi cara. Lo que no había hecho por orgullo al llegar a lo alto de la conducción del gas, lo hacía ahora como patética represalia, quedando por unos segundos allí tirado como un guarro. Me giré hacia el otro lado del tronco y me levanté completamente enharinado como un bacalao. Me sacudí un poco y continué mi camino como si tal cosa, con una paranoica sonrisa en los labios y la camiseta embarrada. Debía estar sufriendo otro castigo divino, tal vez el que se simboliza con un reptil inmundo en el noveno círculo.

Me estaba convirtiendo en una piltrafa humana. Para colmo de males el reloj me indicaba «Batería baja». No me quedaban muchas fuerzas, aunque seguía pensando que cuanto más despacio caminase más tarde se me haría y más calor tendría que soportar. Por eso en ocasiones apretaba el paso, hasta que no podía más. Luego volvía a reducirlo, hasta que me recuperaba un poco. Aunque cada vez eran más cortos los tramos rápidos y más largos los lentos. Como yo, el GPS se puso automáticamente en modo ahorro, y para ver los números había que darle dos golpecitos extra. Pero mi curiosidad no era tanta como para derrochar esa energía.

A veces no soportaba por más tiempo la música, y la apagaba un rato; pero era aún peor. Zumbaban las chicharras como en un concurso de sirenas o de harpías. Tal vez fuera otra de mis penitencias. Me tenía

que tapar los oídos con la felpa y poner encima las manos para que no me taladrasen el cerebro, por lo que decidí abrir de nuevo la aplicación musical, subiéndole el volumen para evitar los desagradables sonidos de la naturaleza hostil.

Así llegué por fin al cruce de las Salesas, continuando por el estrecho corredor de la izquierda, afortunadamente más sombrío que la senda de las religiosas. Tres kilómetros quedan ya para mi destino, algo más de uno para pasar por debajo del Puente de Hierro. Pero estoy en las últimas. El calor no se puede soportar. He tardado casi una hora en recorrer el último tramo. Son las doce del mediodía, y sé que muy pronto desaparecerán las últimas sombras. Y decido sacar de la mochila la gorra y encasquetármela con felpa y todo. En la espiral negativa en la que transito, muy por debajo de los nueve círculos infernales de nuestra oscura obra alegórica, caigo en la cuenta que tal vez debía haberme colocado mucho antes la prenda de vestir que llevaba para la cabeza, que no lo había hecho por no sacarla de dentro de la mochila, lo que en un día como el de hoy evitaría mi reblandecimiento cerebral. Ahora podía ser ya tarde.

A partir de allí solo vivo con la esperanza de ver aparecer al Puente de Hierro por el horizonte. Contrariamente a mi costumbre de mirar hacia abajo, llegado a este punto, espero encontrar por encima de la arboleda la imagen del inmenso puente, desde donde restarían exactamente dos kilómetros para llegar a mi destino final. Y me veo ahora estirando el cuello como una jirafa empinada para alcanzar las hojas más altas de los ancianos baobab de la sabana. Hasta que salgo del último túnel escavado en la vegetación y lo distingo a lo lejos. Solo un trocito al principio, hasta que poco a poco pude contemplarlo por entero, pasando finalmente —meditabundo— por debajo, como sometíendome al descomunal yugo de nuestra vida cotidiana. Entonces le mandé a mi esposa una foto con la esbelta obra de ingeniería, para que supiera dónde estaba ya y dejara de preocuparse.

Ya de regreso por esta última parte del arroyo Pedroches, camino como sonámbulo, me pesa de verdad el calor y presiento que me costará llegar a pesar de la cercanía. Es así. Me saco la gorra de la cabeza y me quito la felpa, debajo de ella, y las estrujo, aliviándome por

unos instantes la tenue brisa sobre la humedad del cuero cabelludo. Pero considero que no es conveniente exponerme al sol mucho más y, fuera de la sombra, me vuelvo a cubrir, sin ponerme la cinta en la cabeza esta vez, exponiéndome a sufrir el típico picor de ojos, como me había sucedido otras veces.

Si no fue con el Covid-19, de alguna clase de virus o bacteria me había tenido que contagiar, pues ni siquiera en aquellas legendarias ocasiones en la ruta del Río Verde o en la de La Pandera, había sufrido tanto. Solo era comparable a mi primera ascensión al Mulhacén, aquel día fatídico en que pillé una soberbia pájara nada más dejar el bosquecillo de la barrera, quedando todavía la mayor parte de la ascensión. Como en aquellas aciagas ocasiones, estando ya casi acabada la jornada, me tuve que parar. Sentado en una piedra debajo de un olivo, me volví a quitar la gorra y apagué de nuevo la música. Pero, tras ser atacado por el lacerante sonido de las contumaces chicharras, me vi instado de nuevo a ponerla, recurriendo a mi sedante música francesa. La selección comenzaba con *La Vie en Rose*, una antigua canción demasiado optimista para esos momentos, por lo que decidí sustituirla por la siguiente, la titulada escuetamente *Ma Vie*, de Alain Barrière, una portentosa canción de amor que ocultó los infernales ruidos y que endulzó aquellos últimos paisajes, a pesar de insistir continuamente en lo largo que debía ser el camino para los amantes («*Mais c'est long le chemin*»). Así, tras un profundo suspiro y varias bocanadas de la poca agua calentucha que quedaba, pude proseguir con cierto ánimo.

El reloj no dejaba de avisarme de la necesidad de encontrar un enchufe. Acudían a mi mente sentimientos encontrados. Sentía que habría cosas peores que sufrir aquellos interminables y sofocantes metros finales, al fin y al cabo yo me creía aún sano, sin el menor contagio —que no fueran los propios de convivir en esta desquiciada época—. Entonces recibí una llamada. Era mi mujer que preguntaba cómo y dónde me encontraba, como si hubiera oído algo desde casa. Le dije que ya estaba llegando, que si no conocía la imagen que le había mandado del Puente de Hierro. Y me dijo que sí la conocía pero que no sabía a la distancia que estaba de mi coche. La engañé diciendo que todo estaba bien y que en media hora podría llegar a casa.

Colgué furioso. Solo me faltaba la presión familiar. ¡Pero si aún no eran las doce y media y otras veces me había presentado cerca de las tres y ni se había inmutado! Cuando dejé el teléfono y me dispuse a mirar la hora y los kilómetros en el GPS, me percaté de que definitivamente a este se le había acabado la batería del todo, y se había apagado. Veintiún kilómetros ponía la última vez que lo miré.

Tentado estuve de volver a sentarme a descansar, pero me conformé con pararme al llegar a alguna hermosa sombra, y agacharme en cuclillas con los brazos en jarras; impresentable postura que adoptaba cada escasos metros, sin cerciorarme siquiera de ser visto por cualquier otro transeúnte. Me quitaba la gorra y la felpa, respiraba, le daba otro chupito al tubo, y seguía otro pequeño tramo. Y de metro en metro, a paso de hormiga, conseguí llegar a la cinta transportadora de la vieja fábrica de cemento. Crucé por penúltima vez el arroyuelo seco, ascendí al otro lado por unas torronteras blancas y pasé por debajo de la cinta, por donde se habrían desbordado innumerables piedras a lo largo de los años, pensando en que tal vez solo me faltaba hoy que se cayera una de aquellas rocas de mayor tamaño y se estrellara en mi cabeza, para redondear la jornada. Pero no debía aún de haber llegado mi hora. Poco después tendría otra oportunidad.

Volví a atravesar el cauce por el único lugar visible por donde corre un buen reguero de agua, justamente donde me encontré por la mañana temprano a aquel rebaño madrugador de ovejas, subiendo la última cuesta por el primer sitio que era posible hacerlo, junto al puente más próximo a la carretera y al renombrado Club de Mirabueno (el antiguo Club Asland). Llegué hasta la carretera y la crucé con prudencia, mirando varias veces a uno y otro lado por no fiarme demasiado de mis depauperados sentidos, pasando junto a la gasolinera desierta hasta la primera calle del fantasmal Polígono de Pedroches, donde cerca de la esquina, junto a la primera nave, se encontraba esperando mi vehículo. Me hubiera dejado caer en él, llorando, si no fuera porque adivinaba a la temperatura que debía estar la carrocería.

Abrí el capot con cuidado de no quemarme las manos, pues la apertura automática no funcionaba, me descolgué la mochila separando la funda del teléfono, reduje el bastón, lo taponé con la contera y lo tiré

todo para dentro. Luego me cambié de camiseta, colocándome una de las que siempre llevo en una bolsa de reserva, y me froté con la usada las sucias mallas, tratando de disimular mi horrible aspecto. Finalmente abrí la pequeña nevera donde llevaba una botella de agua (muy fría siempre, conservada con un gran bloque de hielo) y, con cuidado, bebí solo un sorbito... Lo suficiente para provocarme un fuerte dolor en el paladar y en las sienes. Un tremendo shock que me hizo retorcer y provocó en mí incluso ligeras convulsiones.

Afortunadamente no fue tan grave como la lipotimia que le dio un día al Maestro en Los Almendros, al terminar otra ruta siniestra. Me fui recuperando poco a poco. Cuando pude levantarme abrí la puerta del coche y le plegué los parasoles desde fuera, antes de ser consumido por las llamaradas del interior. Abrí las ventanillas y traté de meter las llaves en el arranque, sin conseguirlo. Me tuve que sentar completamente para arrancar el coche. Lo arranqué, muy aturdido, e inmediatamente encendí el aire acondicionado a toda potencia, pero no esperé a que se enfriara solo, como había hecho otras veces. No tenía fuerzas para volver a salir del coche. Traté de sacarlo de allí cogiendo el volante con los dedos —ahora me hubieran venido bien los guantes— y con dificultad tomé por la circunvalación rumbo al anhelado paraíso de mi hogar.

Por el camino estuve a punto de asfixiarme. Aun dejando abiertas las ventanas y con el aire a toda mecha, el calor era insoportable. Sudaba a mares y el fuerte vendaval del exterior no refrescaba lo más mínimo. Era aún peor dejar las ventanillas bajadas puesto que inutilizaban del todo las propiedades refrescantes del aparato acondicionador. Por lo que decidí poner coto a la ventolera y así al menos, aunque a la temperatura de una sauna, podía disfrutar de la bochornosa paz del interior. Traté de sacar entonces la carátula extraíble de la radio, pero se me quedó pegada en el interior del hueco donde se encierra. Tuve que tirar fuertemente para extraerla, lo que me ocasionó instantáneos síntomas de zozobra en forma de brillantes estrellitas en la cabeza. Conseguí ponerla y, dando a un botón tres veces, enlazarla con mi Smartphone. Sonó el *Animals* de Pink Floyd. Después, como la lejana letanía de ladridos del tema que sonaba, me fui apagando hasta



perder la noción de la realidad. Es lo último que recuerdo hasta llegar a mi calle. Desperté dentro del coche con el motor encendido y el aire conectado, mal aparcado frente a la fachada de mi casa, como si me hubiese quedado desmayado sobre el volante. El calor se había extinguido por completo. Cuando accioné el mando a distancia de la cochera encontré el auto de mi esposa dentro. Ni siquiera recordaba que ahora el suyo tenía preferencia. Pobre destino el de mi fiel automóvil, tener que vivir continuamente a la intemperie tras tantos años de servicio, tendría que conformarse a su vejez con dormir a la sombra de los naranjos. Me alegré a pesar de todo, egoístamente, por evitar hacer más maniobras. Lo apagué, sin molestarme en rectificar siquiera su posición. Y al fijarme en el reloj del salpicadero comprobé que eran casi las dos de la tarde. ¡No podía ser! Si a las doce y media estaba ya terminando, saliendo del arroyo. Algo me debió ocurrir para retrasar la hora de mi llegada. Pero lo ignoro.

Arrastré la bolsa de deporte, la nevera y la mochila hasta la puerta, toqué el timbre varias veces por no buscar las llaves, y me abrió, pasados unos interminables segundos, mi angustiada esposa.

—¿Qué te ha pasado?! ¿Cómo vienes así de sucio? ¿Dónde estabas? —me preguntó, mientras yo recogía todas las bolsas que había dejado por el suelo.

Pero no me salía la voz del cuerpo.

—«Nada. Ya estoy aquí» —respondí moviendo los labios pero sin dejar salir el menor ruido de mi boca.

—¿Pero qué te pasa? ¿No puedes hablar? ¿Por qué no respondías al teléfono?

Levanté los hombros en señal de extrañeza, pero no conseguí articular la menor palabra. Era como si me hubiese comido la lengua el gato. Traté de hacerme entender por gestos. Lo que yo quería decir era:

—«Déjame, por favor. Déjame que pase y ya te contaré la historia cuando pueda hablar» —y señalándole al suelo, seguí—. «Deja que me siente en la escalera por lo menos».

—¿Qué? Sí, siéntate. ¿Quieres que vayamos al médico?

—«No, no, déjame morir aquí mismo en paz» —le respondí para mis adentros, sabiendo que era inútil intentar hacerme entender.

Había perdido la voz, como seguramente también la consciencia, por el camino, en algún punto del trayecto desde el polígono hasta mi barrio, pues me faltaba casi una hora de la que no era consciente en absoluto, durante el tiempo en que mi esposa, tan prolija, me debió hacer las cuarenta llamadas perdidas que después pude comprobar que tenía, y que habrían dejado completamente sin batería a mi teléfono después de llevar más de tres horas de música seguidas —como había sucedido antes con el GPS y conmigo.

Estuve sentado un rato en los escalones, mirándonos los dos sin decirnos nada. Hasta que no pudo ocultar por más tiempo el aspecto miserable que ofrecía y me preguntó si me había caído. A lo que contesté afirmativamente moviendo la cabeza. Después, cuando se fue para la cocina, me tumbé por completo en el suelo, como solía hacer allí para leer en el verano, más aún con el confinamiento. Pero en cuanto volvió y me vio así, creyendo que me encontraba peor, y que estaba poniéndolo todo perdido, tuve que tranquilizarla y subir a ducharme enseguida, para que me dejase tranquilo, mientras ella se hacía cargo de recoger el nauseabundo material de senderista.

Tras una ducha fría reparadora que nunca había podido soportar hasta ese momento, me tendí también en la bañera, esperando que no llegaran hasta allí las recomendaciones sanitarias de mi esposa. Acostado, con el agua tibia tapando todos los orificios, a excepción de la nariz, sentía subir mi nivel de energía paulatinamente: 5, 10, 15, 20 por ciento. Como un teléfono de los de antes con un cargador antiguo; lento pero seguro. Al llegar al 40% se atascó un poco y empezó a subir con lentitud: 41, 42, 43..., de uno en uno. Cuando llegó al cincuenta por ciento me levanté con gran dificultad, me volví a refrescar con la ducha, me sequé y me coloqué una ropa ligera de algodón. De inmediato bajé penosamente por las escaleras, y en la cocina quise besar a mi mujer, pero ella me lo impidió echando la cara hacia atrás, como una cobra.

Comprendí: las estrictas normas sanitarias de la maldita Pandemia. Me sentí frustrado y ella lo notó. Por eso me agarró e hizo que nos abrazáramos, dejando —eso sí— su cabeza bien separada de la mía, lo que no impidió que derramase una gruesa lagrimita en sus hombros. Se retiró un poco y me miró a la cara, diciendo:

—Échate en el sofá, que te estaba preparando una sorpresa.

Le hice caso silenciosamente, pues seguía sin poder pronunciar una palabra. Los efluvios olorosos de la cocina hicieron despertar mi hambre, lo que no dejaba de ser un síntoma claro de recuperación.

Cerré las ventanas del salón, puse el aire acondicionado, el aparato de televisión y me tumbé en mi sofá favorito. La noticia de la vuelta de la NBA a la burbuja de Orlando dentro de cuatro días volvió a hacer resurgir mi naturaleza sentimental. Cuando ya la modorra se apoderaba de mí entró mi hijito a poner el mantel y casi al unísono, su madre con una fuente de ensaladilla rusa, unas aceitunas y una refrescante cerveza que yo degusté como si se tratase del dulce néctar de los dioses. No me dejaron ayudarles a poner la mesa. Mi mujer sabía perfectamente cómo hacer para cargar o descargar mi energía.

Desconectamos las alarmantes noticias del Telediario y, al terminar con aquel sencillo y rico almuerzo, les hice entrega del mando a distancia para que escogieran la película de su agrado. Ni recuerdo el principio. Yo debí dormirme cuando aún se despleaban los primeros títulos de crédito, una siesta que duró hasta las seis de la tarde, que hubiera valido la pena hacerla en el dormitorio, a oscuras y con el pijama puesto.

Con mis familiares a sus cosas fuera del salón, cuando desperté retomé la lectura. Me olvidé del Ulises para otro día que estuviese más lúcido o para el camino del trabajo, y retomé los últimos capítulos de *Odio*, de Ed McBain, tratando de averiguar quién era realmente el asesino de los compañeros de Steve Carella, el agente de la Comisaría del distrito 87 de New York. Mi mujer volvía de vez en cuando a preguntar por mi estado. Yo le contestaba con un gesto tranquilizador, únicamente consciente de la excesiva similitud entre los asesinatos. Cuando me enteré del culpable —y no lo desvelaré por si alguno de mis inteligentes lectores tuviese el buen gusto de descargarse este libro en formato electrónico, puesto que será difícil que lo encuentre, como yo, en una librería de viejo— me levanté del sofá y lo coloqué en la balda correspondiente, junto al último que había leído. Serían algo más de las nueve, y el sol —el gran criminal de la jornada—, obedeciendo a las fuerzas del orden, parecía dispuesto a entregarse.

Decidí seleccionar mi siguiente lectura. Escogí otra novela policiaca de entre los tres anaqueles de mis estanterías de esa temática, que yo tenía mezclados con los de asuntos detectivescos. Se sucedían Chester Himes y Ross MacDonalds con Raymond Chandler y Graham Greene; John Le Carré y Frederick Forsyth con Gastón Leroux, Simenón y Agatha Christie; Juan Madrid, Andreu Martín, Vázquez Montalbán o Lorenzo Silva con Patricia Highsmith, John Banville y Pierre Lemaître... Me esperaban todavía de algunos sus mejores obras, y de otros sus óperas primas, con la intención de consumirlas en cierto orden, para que me alimentaran mejor. Decidí quedarme con *Un tipo implacable* de Elmore Leonard, una elección de la que no me arrepentiría. Ya irían cambiando de lugar poco a poco las demás si continuaban los rebrotes.

Y enseguida me acordé de mi amigo Virgilio, el comisario de policía. No sé si mi voz estaría a la altura de las circunstancias. No tenía ninguna intención de rivalizar con el célebre Garganta Profunda del caso Watergate. Probé a leer en voz alta y, aunque más parecida a la de don Corleone que a la mía, empezaba a funcionar. Lo llamé y me saltó una voz metálica comunicando que el número marcado no existía o no se correspondía con el de ningún abonado, por lo que volví a tenderme en el sofá, defraudado. Tendría que seguir usando recursos imaginarios para mi novela.

Cuando dejé de leer a las diez de la noche, después de disfrutar con el arrollador primer capítulo de mi libro —que tal vez me sirviera de inspiración alguna vez— salí del salón cojeando y me encontré a mis dos familiares que bajaban por las escaleras para cenar. Cuando me dispuse a abrazarlos al llegar al rellano se apartaron de mi lado como si estuviera apestado, para seguir cumpliendo con las normas de distanciamiento. Entonces mi mujer, ya a salvo, con una sonrisa, me preguntó si podía por fin hablar y decirles cómo me encontraba. Y yo les contesté, con esa voz cascada que recordaba a la del Padrino:

—«Estoy bien. Muy feliz de estar con la Familia —y otra voz en mi interior que me decía: ¡Como en el maldito Paraíso!».

Juan José Gañán  
20-09-2020